

ESTUDIOS DE HISTORIA SAGRADA.



Jesus echando los mercaderes del templo, copia del cuadro de Mr. Picou.

ECCE HOMO. HE AHI EL HOMBRE!

JESUCRISTO.

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impio
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

(LISTA).

Reposaba el mundo aguardando un gran suceso. Agitábase una poderosa idea en el seno de las naciones, y todas

SEGUNDA SERIE.—1855.

las miradas se dirigian al Oriente, donde se hallaba la cuna de sus esperanzas. La humanidad aguardaba un Dios, porque todo se iba arruinando. Morian las creencias, el imperio del mundo que la victoria habia puesto en las manos de un solo hombre, á quien habian cantado los mas hermosos genios de su siglo, cuyas obras han quedado como monumentos del pensamiento humano, á quien la religion habia consagrado, á quien la esclavitud y el servilismo habian levantado altares en un templo, el imperio caía desde la altura en que le habian colocado la espada de César y la política de Augusto á la estúpida tiranía de Tiberio, que do-

AÑO XIII. 10

blaba su frente bajo tan pesada corona, é iba á encerrarse en Caprea y á ocultar sus vergonzosas orgías y desórdenes.

Entonces en una ciudad de Judea, país que habían conquistado á su paso por ella los romanos, moria un hombre sobre la cruz condenado por la autoridad pública. Algunas palabras esparcidas en la obra maestra de Tácito, el historiador inmortal de Tiberio, cuentan indiferentemente á sus contemporáneos que en aquel tiempo un Nazareno era condenado á muerte y ejecutado en Jerusalem por crimen de sedicion.

En efecto, el Nazareno pereció en el suplicio de la cruz. He aquí lo que se contaba de él: nacido en un establo habia crecido en la oscuridad y en la indigencia. Lo que jamás habia hecho reformador alguno lo hizo él, pasando treinta años de su vida, no en meditar sobre los sistemas filosóficos, no en viajar entre los sabios para estudiar la tradicion, sino pobre con los pobres, atravesando todos los dolores humanos hasta llegar al cumplimiento de su mision divina.

Los años se han sucedido á los años, y el mundo, habiendo envejecido diez y ocho siglos, ha visto que la soberanía y la gloria han cambiado de campo y de bandera. Todo lo que tan fuerte y poderoso era ha caido. Todo lo que era pequeño y oscuro se ha levantado. La raza de César habia desaparecido en la tempestad, sus palacios se habian hundido en medio de las ruinas de Roma entregada á los bárbaros. La tumba misma no habia guardado los huesos del que era el soberano del mundo, del que se habia visto en vida colocado sobre los altares. Otro señor manda el universo; por él conserva aun Roma hoy el cetro del mundo, empero gobierna de otro modo y á otros súbditos. El autor de esta asombrosa revolucion es el Niño del establo, y este soberano del universo es el Nazareno crucificado en Jerusalem. En tres años verifica su grande obra. Reune á su voz las turbas de la Judea. Nunca un hombre habló cual él: allí donde los filósofos no habian sabido mas que tartamudear; allí donde los legisladores se habian detenido no osando pasar adelante, Cristo enseñaba y mandaba con una autoridad tan dulce y tan fuerte á la vez, que ella sola era un prodigio.

Jesucristo no solo resuelve todos los problemas del mundo en la parte mas eminente de su composicion el alma, sino que vino á cambiar la faz del universo social, á predicar el Evangelio, la buena nueva, á los pobres, y á curar á los que sufrían en su corazon anunciando la libertad á los que yacian entre cadenas, comenzando la civilizacion por donde habian concluido los otros legisladores. Proclama la igualdad de todos ante Dios. Ante él quedan confundidas todas las distinciones. Los mas adelantados legisladores que pueda tener el mundo no podrán nunca escribir en sus códigos nada mas liberal y favorable á los pueblos, que lo que Cristo estableció hace diez y nueve siglos. *¡Habrá para todos una misma ley!*...

Moisés en su legislacion no habia visto mas que hermanos, pero esta idea de la fraternidad judaica, tan generosa y grande en comparacion de las doctrinas que regian entonces el mundo, Jesucristo la aplica á todos los hombres, á todas las naciones. Para Jesucristo todos los hombres y todas las familias de la tierra no son mas que una sola y única familia. Eleva la condicion degradada y envilecida de la muger al nivel del hombre. Predica la humildad, la caridad y la be-

neficencia. Jamás el mundo habia oido proclamar una doctrina mas general y mas consoladora: el alma era igual al alma, el hombre era igual al hombre, y los ecos de la Palestina estendieron al universo entero este grito santo de emancipacion. A la voz de Jesucristo todos los hombres son *libres, iguales y hermanos*. Cuando atravesaba las poblaciones de la Judea con el poder de la palabra y de los milagros, la multitud se decia al oirle: *¿Nonne est hic Faber?* ¿Es este el artesano, el hijo del carpintero? Cuando condenaba á los fariseos, perdonaba contra todos sus acusadores á la muger adúltera, cuando lleno de indignacion cogia un látigo y arrojaba fuera del templo á los vendedores que convertian en un mercado el templo del Señor, preguntaba asi asombrada la muchedumbre: *¿Nonne est hic Faber?* ¿Es este el artesano? ¿Es un hombre el que desde el templo penetra en la sociedad, renueva su constitucion, ó mejor dicho reconstituye sus elementos, que impregna toda entera de su propia vida, que hace penetrar hasta en sus entrañas los principios desconocidos del derecho, de la justicia y de la libertad?

Este hombre era un Dios, vino á fundar la nueva sociedad y fué el mártir de su doctrina. El odio de los doctores y de los fariseos sublevó la muchedumbre.

Despues de haber celebrado la Pascua, Cristo va al monte de las Olivas; mas apenas sale de las angustias que acababa de sufrir, previendo el crimen que iba á entregarle al sanhedrin, se presenta Judas. Judas es el traidor que debe entregarle ¿qué hace Cristo? Se entrega sin titubear á los soldados que vienen á prenderle. Pedro, para defender á su señor y maestro saca la espada y corta la oreja de uno de los criados del gran sacerdote. Jesucristo toca la oreja de Malco, y Malco queda curado. Los que llevan al prisionero se burlan de él, le insultan, le hieren; Jesucristo permanece siempre tranquilo. Herodes le interroga para satisfacer una indiscreta curiosidad, Jesucristo no responde nada. Le revisten una túnica blanca en señal de burla y escarnio y le llevan á Pilatos. El procónsul romano le pregunta: *¿Eres rey?* y respondió: *Lo soy*. Este juez débil que habia reconocido su inocencia, permite que lo azoten, y pongan sobre su cabeza una corona de espinas y una caña por cetro en sus manos. Doblan ante Cristo la rodilla para arrojar el sarcasmo y las palabras mas denigrantes, escupen sobre su hermoso rostro. Presentado al pueblo por Pilatos, que les dice: *¡Ecce homo!* *¡Ved aquí el hombre!* un grito unánime, furibundo, pide su muerte. Entonces es conducido al suplicio llevando sobre si segun la ley romana, el instrumento de su muerte. Es crucificado entre dos ladrones. Los que pasan menean la cabeza blasfemando contra él. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos de Israel le desafían á que baje de la cruz, y parecen desafiar á Dios mismo á que lo descuelgue de ella. Ni una sola palabra de amargura sale de sus labios, y rogando por sus verdugos á la hora séptima del día, cubriéndose la tierra de tinieblas, oscureciéndose el sol, apagándose el fuego de Vesta y rasgándose el velo del templo, inclina Jesucristo la cabeza y espira, rasgándose al mismo tiempo la ley del mundo esclavo!...

Jamás presencié el mundo una muerte semejante. Todas las circunstancias de su pasion habian sido contadas mil años antes circunstanciadamente por los profetas. ¿Qué individuo podia ser bastante hábil y poderoso para poder fundir exactamente todos sus proyectos en un molde dado de

antemano y proclamado por los siglos, para representar un papel marcado? Si ese individuo no es mas que un ambicioso ó un hombre, ¿consentiría en morir como murió Jesucristo?

No, era Dios, y tres dias despues de su muerte, á pesar de haberse sellado su sepulcro con el sello del César, y haberse puesto numerosas guardias para custodiarlo, que tenian mision de justificar el crimen del pueblo y del Estado probando la impostura de la victima que habia anunciado su resurreccion, se verificó esta resurreccion segun su palabra. Y aun permaneció en el mundo mostrándose á sus apóstoles, conversando y comiendo con ellos, y despues á los cuarenta dias en su presencia y en la de su madre, que habia asistido á la agonía del Gólgota, se elevó á los cielos dejando al mundo por herencia una religion que durará hasta el último dia de los siglos, siendo las pruebas irrecusables de la divinidad de Jesucristo un hecho, un libro y una institucion.

El hecho son sus milagros, el libro el Evangelio, la institucion la Iglesia!

El milagro es la mas brillante, la mas popular, la mas irresistible de las pruebas. Es un hecho público, un hecho que se toca, que se palpa; que se apodera de los sentidos y del alma. Cristo con una palabra calma la tempestad, camina firme sobre las olas, multiplica el pan para alimentar en el desierto las inmensas y hambrientas turbas, dá vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, hace obedecer á la muerte contra la naturaleza, reanima el cadáver de Lázaro, su amigo, muerto de cuatro dias, y todo esto no lo hace por virtud estraña, sino por sí mismo, en su nombre propio, delante de todo un pueblo; y no se diga que el interés humano ha podido dictar su testimonio, los que han atestiguado esto han sufrido todas las persecuciones, todas las inmolaciones, la muerte misma...

El Evangelio es un monumento que eclipsa todos los monumentos que nos ha legado el pensamiento de los mas célebres genios, que ninguna medida humana basta á abarcar. Libro al alcance de todos, que un niño lo comprende, que el genio mismo no hubiera podido inventar. Este libro es como el cielo, ningun hombre hubiera podido crearlo, todos comprenden su lenguaje; ese libro es la palabra de Cristo.

Ademas del milagro que pasa, y de un libro que pudo quedar en el olvido en medio de las ruinas de los siglos, Jesucristo crea en una institucion el mundo espiritual. La Iglesia es bajo una forma exterior y visible, la constitucion viva de las inteligencias, es el reino de las almas en la tierra. Nadie antes de Jesucristo habia oido hablar de este reino. Existian sin duda en el seno de la humanidad sus elementos, ¿pero quién los ha sacado del caos? ¿Quién les ha dado leyes y ha hecho de ellos un mundo nuevo? ¿Quién ha cogido este mundo en sus manos y lo tiene, por decirlo así, suspendido en el aire y sin apoyo, y esto hace diez y ocho siglos? Este mundo es la creacion de Jesucristo. Nada mas grande, mas armónico, nada mas vivificador, nada mas fecundo... nada mas divino.

Para la creacion del Universo material no necesitó Dios mas que una palabra, no necesitó mas Jesucristo para producir su Iglesia. Dijo una palabra: Venid, seguidme. Esta palabra le dió sus discipulos. Dice otra palabra: Id y enseñad: Y esta segunda palabra le da el apostolado, la ge-

rarquía, la autoridad. Y esta Iglesia dura y durará hasta la consumacion de los siglos.

Dos medios habia de estenderla, la fuerza y la persuasion; la fuerza que tan gran papel ha hecho en el mundo y de que están llenos los anales de la humanidad, tiene triunfos sangrientos pero pasajeros. Si la religion de Cristo hubiera sido una institucion humana, hubiera podido pretender este género de suceso, y en verdad, en aquella época de decadencia universal en que todo caia en ruinas, en que los orgullosos romanos adoraban divinidades que se llamaban Tiberio y un poco mas tarde Neron, Domiciano, Caligula: en que las almas amoldadas á todos los despotismos, es decir, al del vicio, no tenian energia sino para el placer, parecia llamada la fuerza á inesperados triunfos. Jesucristo condenaba la fuerza y glorificaba la paz. Dulce y humilde de corazon, quiso que se opusiese á la violencia de la tiranía un arma nueva en el mundo, la caridad. Mandó á sus discipulos que combatesen descubriendo sus pechos y sabiendo morir. Y esta enseñanza de tal modo se grabó en ellos, que durante tres siglos se llenó el mundo de sangre cristiana, y durante tres siglos no se oyó mas que el ruido del hacha al caer sobre las víctimas, los denuestos, la alegre algazara de los verdugos por una parte, y por otra, las palabras heróicas, la oracion ardiente y los últimos suspiros de los mártires.

Cristo emplea la persuasion para difundir en el mundo su divina doctrina. Llama un dia á orillas de lago de Galilea, doce pescadores, de los que el uno se llama Pedro, el otro Andrés, el otro Santiago... Los instruye durante tres años, lo que bastaria apenas entre nosotros para aprender á hablar correctamente la lengua; despues los envia por el mundo diciéndoles, marchad... Tú á Alejandria en medio de la filosofia ecléctica: tú en medio de la juventud brillante y burlona de Atenas: tú á los Scitas: tú á la India: tú á Jerusalem á desafiar el odio de los sábios de la sinagoga: tú, Pedro, á Roma al lado del Capitolio, vé, marcha á hacerte adorar al lado de Júpiter. ¿Con qué podia contar Cristo, el hijo de un carpintero, el hombre oscuro, condenado á muerte por la autoridad pública de su pais, al enviar estos estraños mensajeros de su doctrina? ¿Sobre la elocuencia de estos rudos hijos del pueblo, que ignoraban las reglas mas concisas del mas ignorante de los idiomas? ¿Irian á estremecer con terribles barbarismos los sábios oídos de Roma y de Atenas? ¿Iria, Pedro el pescador á disputar con Séneca el soberbio preceptor de Neron, que ha dejado tantos tratados de filosofia? Pues bien, estos hombres sin ciencia, sin riquezas, sin política, que de nada les hubieran servido, han luchado cuerpo á cuerpo con aquella sociedad de retóricos, de filósofos, de hombres desordenados, de poderosos, y ellos solos, sin mas fuerza que la de Jesucristo, sin mas palabra que la suya en los labios, lo han derribado, los han encadenado, los han persuadido, y hace diez y ocho siglos los veneran como santos y hace diez y ocho siglos repiten como ellos, Jesucristo es Dios!...

Y el mundo ama á Jesucristo como á Dios, cual no podia amar á un hombre solo. Era altamente imposible que un puñado de polvo que estuviese despues de diez y ocho siglos en un sepulcro y en un sepulcro que no existe en ninguna parte, pudiera escitar el amor mas apasionado, mas heroico, mas propagado que se ha visto jamás en el mundo. Se ha visto á muertos celebres escitar una sedicion, se ha vis-

to al cadáver sangriento de Lucrecia derribar la monarquía de los Tarquinos, se ha visto al cadáver ensangrentado de Virginia derribar el poder decemviral de la república romana, se ha visto el cadáver sangriento de César escitar á Roma á la venganza y su sombra cerniéndose sobre la batalla de Accio, decidir tal vez la victoria y los destinos del mundo. ¿Pero quién ama hoy con un amor verdadero, con un amor interior á César, á Alejandro, á ninguno de los hé-

Oigamos al emperador Napoleon.

«Yo conozco los hombres, y os digo que Jesucristo, no es un hombre. ¿Concebis á César emperador eterno del senado romano y desde el fondo de su mausoleo gobernando el imperio y velando sobre los destinos de Roma? ¿Concebis un muerto que tiene soldados sin paga, sin esperanza en este mundo y que les inspira el valor en las privaciones mas extraordinarias? he aquí el milagro perpétuo



Ecce-homo, copia del cuadro de Van Dyck, copia del cuadro de Perugino.

roes que han gobernado el mundo? ¿quién por ninguno de ellos, ni por su nombre daría sus bienes y su vida, como tantos millones de hombres están dispuestos á darla hoy por Jesucristo?

Vamos á terminar este artículo con un pensamiento del emperador Napoleon I, escrito en la isla de Santa Elena, prueba magnífica de la Divinidad de Jesucristo y que no desdeñaría la pluma mas religiosa y elocuente de los mas grandes apologistas de la religion cristiana.

«de Jesucristo! Todos los que creen en él sienten este amor superior e inesplicable: yo esto es lo que admiro mas y lo que me prueba absolutamente la Divinidad de Cristo. Yo tambien he entusiasmado las muchedumbres, pero necesitaba mi presencia, una palabra de mi boca, la electricidad de mi mirada: entonces yo encendia el fuego sagrado: hoy clavado sobre esta roca, ¿qué soy al presente? aun unos instantes mas y mi cuerpo será pasto de gusanos. ¿Que profunda miseria, qué diferencia entre mí y el reino

«eterno de Jesucristo, siempre amado, siempre vivo en el Universo! ¡Qué milagro! he ahí un conquistador que se der-
 Los dos mas grandes Césares del mundo antiguo y moderno, CONSTANTINO y NAPOLEON I, han probado la divinidad



CHIAPOREY

La Ascension del Señor.

«incorpora á si mismo la humanidad; cosa asombrosa el alma humana convertida en la propiedad de Jesucristo (1).»

(1) Pensamientos políticos y religiosos de Napoleon Bonaparte.

de la religion cristiana, el uno, proclamándola la religion del mundo en el siglo III, y el otro restableciéndola en el imperio francés en el siglo XIX!!.....

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL INCIENSO.

El incienso es una sustancia resinosa, que se quema comunmente en las iglesias para purificar el aire y honrar á la divinidad. Su olor no se parece á ningun otro: es aromático, penetrante y suave: inspira ó recuerda ideas religiosas.

Los botánicos han ignorado por espacio de mucho tiempo cuál es el árbol de donde emana esta preciosa resina. Lineo aseguró sin pruebas, que el que la daba era el ene-

bro de Licia; pero Roxburg ha averiguado de un modo positivo, que el que suministra el verdadero incienso al comercio es la *brossuallia dentada*, árbol de la India.

Resulta de las noticias que tomó Bruce en su viaje á Abisinia, que el incienso se produce en el reino de Adel, en las costas del estrecho de Bad-el-Mandeb; de aquí se lleva á Moka, donde lo compran los árabes y los ingleses de la

India, quienes lo envían luego á Europa, ya por el Egipto y la Turquía, ya por el Cabo de Buena Esperanza.

El incienso es una sustancia seca, compacta y quebradiza, de un color pálido ó blancuzco, apenas semitransparente, harinosa por fuera, brillante por dentro, de un sabor medianamente acre y amargo. Al instante que se echa en la lumbre, arde; exhala un vapor oloroso, y alza una viva llama, que es difícil apagar. El verdadero incienso es raro: varias resinas perfumadas que emanan de diferentes especies de pinos se venden bajo este nombre.

El uso de los perfumes, y sobre todo el incienso, es antiquísimo en los países del Oriente: el de los países de Sabá es el que mas estiman los judíos. Presentar el incienso era un cargo propio de los sacerdotes israelitas, quienes todos los días por mañana y tarde entraban en el santuario á quemar perfumes. El día de la espacion solemne cogían una cucharada de incienso y la echaban á la lumbre en el momento en que entraban en el santuario, á fin de que la nube que se exhalaba del incienso les impidiese considerar el arca con demasiada curiosidad. Dios los amenaza de muerte si desatienden esta ceremonia. Los simples levitas no pueden tocar el incienso: Core, Datan y Abiron recibieron un terrible castigo por haber querido arrogarse este honor. Muchas veces se habla del incienso en las Santas Escrituras. La reina de Sabá envió incienso á Salomon con ricos presentes; Isaías predijo que los estrangeros irían á tributar sus homenajes á Dios en su templo, y llevarían á él oro é incienso: los magos se lo ofrecen á Jesus niño, como una señal de respeto.

Como queda dicho al principio de este artículo, el incienso es para los fieles un perfume y un símbolo; si solo se quisiese quemando incienso purificar las iglesias, se pondría este perfume en braseros sin ninguna ceremonia; pero no es eso: el celebrante es el que incienso el altar y los dones sagrados, y el que pronuncia oraciones relativas á la accion que ejecuta. Estas oraciones atestiguan ademas que el incienso es no solo homenaje tributado á Dios, mas tambien una imagen de la pureza de nuestros deseos y del buen olor que debe exhalar nuestra conducta: tal es la idea que han tenido todos los Padres y todos los autores que de ellos han hablado. ¿Y cuál es el cristiano que no se ha imaginado en momentos de fervor, que sus plegarias subían al trono del Eterno con las aromáticas nubes del incienso?

Como la incensacion es una señal de honor, en varios países se incensaba antiguamente, y se incienso todavia, á los reyes y á los grandes. Pero la vanidad de los hombres se mezcla desgraciadamente en todo, y esta incensacion se ha convertido muchas veces en un derecho honorífico, en una pretension feudal, y en un origen de desavenencias entre la autoridad civil y la eclesiástica; pero este abuso nada prueba contra el uso del incienso.

Los incensarios de los antiguos hebreos eran muy diferentes de los nuestros. No estaban pendientes de gruesas cadenas, eran unas especies de hornillos ó simplemente unas bandejas de oro.

Uno de los incensarios mas grandes y magníficos que existen acaso en toda la cristiandad es el de la catedral de Santiago en Galicia, del que ha dicho con propiedad un poeta moderno:

Que de nave á nave vuela.

MOLIERE Y LUIS XIV.

Luis XIV fué el rey mas amante de la etiqueta. Todas las noches llevaban á su alcoba un jarron de caldo, un pollo asado frio, una botella de vino, y á guna otra friolerilla. Este servicio se llamaba *preventivo de noche*. Habiendo sabido Luis que los oficiales de su cámara se mostraban desdeñosos, y aun ofendidos de comer con Moliere, ayuda de cámara del rey, porque habia representado en el teatro, siendo tan gran actor como poeta, este hombre célebre se abstenia de presentarse á la mesa de los empleados del rey. Queriendo el principe hacer respetar al inmortal autor del *Misántropo* y del *Tartufo* le dijo una mañana, al tiempo de levantarse, hora en que se permitía asistir á la real cámara á los mas elevados y favorecidos cortesanos.

—Dicen que ayunais mucho aquí, y que los oficiales de mi cámara no os creen á propósito para comer con ellos. Tal vez tendreis hambre; yo me he despertado con excelente apetito. Sentaos á mi mesa, y que me sirvan mi *preventivo de noche*.

Entonces el rey trinchando el pollo, sirvió una pechuga y un alon á Moliere, tomando otra para sí, mandó que hiciesen entrar á los cortesanos que, como todos los días aguardaban el honor de ver al rey, y saludarle apenas se habia levantado de la cama.

—Me veis, les dijo el rey, ocupado en hacer comer á Moliere á quien mis ayudas de cámara no encuentran bastante bueno para que coma en su compañía.

Desde aquel momento toda la corte se apresuró á dirigir sus invitaciones á Moliere, y los mas grandes señores de la Francia se disputaban el honor de sentar á su mesa al desdeñado poeta.

Habia un padre que tenia dos hijos que le querian mucho, y que ambos le mantenian con el mayor amor, proporcionándole todo lo necesario, de modo que el padre no tenia que ocuparse mas que en cuidar de su salud, pasearse y rezar, pues, era muy dado á la devocion. Los hijos ejercian una profesion, no solo distinta, sino contraria. El uno era labrador y deseaba por consiguiente que hubiese abundantes cosechas de trigo y de cebada; el otro era logrero, es decir, acopiador de granos, y deseaba que hubiese carestía de ellos, para tener mas ganancias y darles mejor salida. Acudían ambos á las oraciones de su padre, rogándole uno, que pidiese al cielo que lloviese, suplicábale el otro que rezase porque no lloviese, cada cual con la mira de que progresase su tráfico. Colocado el padre en esta embarazosa posicion, queriendo igualmente á sus dos hijos y no queriendo decidirse por ninguno de ellos, tratando de complacer á los dos, arregló de este modo sus súplicas al cielo.

—¡Oh! Dios y Señor mio Omnipotente, que llueva ó que no llueva para mí es indiferente, haced, pues, Señor, lo que mas os contente.

JUDAS.

Hay un crimen, una accion infame que no se ha borrado en el transcurso de diez y nueve siglos. Hace mil ochocientos cincuenta y cinco años que Judas vendió á su maes-

tro, y aun hoy causa tanto horror su nombre cual si fuese su crimen cometido ayer; no se arroja su nombre á la cara de las gentes mas despreciables sino como un grosero baldon, y en el fondo mismo de las cárceles y de los presidios no sufren con paciencia los mas grandes criminales que se les llame Judas.

Judas habia sido uno de los elegidos por Jesucristo, habia entrado en la compañía de su maestro y estaba marcado con el sello, con el título de su discípulo, de su apóstol, de su hermano y de su amigo. Jesus habia abierto para él todos los tesoros de su bondad, de su afecto, le habia dispensado todas las luces del cielo, le habia prodigado todos los testimonios de su ternura y confianza. No viviendo el Salvador sino de las limosnas que ofrecian á sus pies los fieles, habia encargado á Judas administrar sus pequeños intereses materiales y proveer á la subsistencia del apostolado. Esto es lo que nos refiere el Evangelio. El dinero, los intereses materiales de que era Judas el depositario, despertaron en él los mas tristes, los mas vergonzosos instintos. Habia faltado á la fidelidad en su administracion, y no es esto una acusacion temeraria, porque el texto sagrado de las actas de los apóstoles lo ha dicho en propios términos, que ya en diferentes circunstancias habia dado la medida, y como la espresion de su alma sordida é interesada. Cuando la muger pecadora Magdalena, llena de arrepentimiento, animada de confianza, guiada por un sentimiento de amor compra un aroma precioso, y postrándose á los pies del Salvador los baña con el líquido que cuidadosamente habia traído, entonces el discípulo avaro se indigna y esclama: *¿A qué esta perdicion y este gasto? Valiera mas vender este aroma y dar*, añadía sin duda irónicamente, *su valor á los pobres*. El Salvador le reprende: habia venido á honrar la divinidad aquella muger en su persona, habia vertido sobre sus pies un precioso aroma; declara que aquella muger seria honrada siempre por el homenaje que le habia tributado y por la accion que habia hecho.

El Salvador al ver aproximarse su término reúne sus discípulos para la última cena. Judas se hallaba allí. Antes del terrible y solemne momento en que Cristo iba á ordenar sacerdotes á los que habia elegido para la conversion del mundo, en la hora en que iba á hacerlos depositarios del terrible poder de hacer bajar la victima divina sobre nuestros altares, en aquella hora sabiendo que todo le pertenecia en el cielo y en la tierra, se levanta, ciñe con un delantal su cintura y se postra á los pies de aquellos hombres que habia recogido en las playas de los mares aparejando sus barcas ó componiendo sus redes. Vedle á los pies de Judas lavando los pies al discípulo ingrato y pérfido... Cristo ha terminado su mision de humildad; se levanta, y Judas nada siente en su corazon. Celebróse la cena: se ha consumido el Cordero Pascual, Cristo dá gracias, toma el pan y lo bendice: toma el vino y lo bendice y consagra, lo distribuye á sus apóstoles. En aquel instante el ingrato apóstol realiza por la primera vez en la tierra el crimen de la comunión sacrilega. Cristo quiere llevar aun el arrepentimiento al endurecido corazon de Judas, anuncia que allí hay uno que le ha de vender. Todos le preguntan quién es el culpable, ruegan á San Juan que pregunte al maestro á fin de que sea conocido el traidor. Cristo lo designa sin nombrarlo para darle aun tiempo de arrepentirse, sin que tenga que sufrir la vergüenza, la ignominia de su crimen. Cristo re-

píte que va á venderle aquel que mete la mano en su plato

Judas, seducido por el vil interés, va á encontrar al príncipe de los sacerdotes y le dice: Si quereis yo os entregaré á Jesus. *¿Quid vultis mihi dare? ¿Cuánto quereis darme? Veamos.*—Treinta dineros de plata.—Bien, trato hecho, treinta dineros de plata.

Ochocientos años antes habia sido contado este precio sobre la mesa donde escribia el profeta, y habia dicho que la cabeza del Salvador seria puesta á precio por treinta dineros de plata, lo que se cumplió al pie de la letra por la traicion infame de Judas.

Después de la cena, cuando el pérfido apóstol habia ido á vender á vil precio la libertad y la vida de su maestro, Jesus, sabiendo bien todo lo que le habia de suceder, se dirige á pasos lentos, atravesando el torrente Cedron, que habia pasado en otro tiempo David perseguido por su hijo, hácia el monte de las Olivas, donde tenia costumbre de ir á orar con algunos de sus discípulos. Allí pasó tres horas en mortal agonía, allí inundó la tierra con su sudor de sangre, allí pidió á su Padre apartase de él si era posible el cáliz de la pasion, y si no que se cumpliese su santa voluntad. Judas, seguido de una turba de judíos homicidas ligados contra el Salvador, y de soldados romanos que se habian puesto á su disposicion, se adelanta hácia el huerto de las Olivas al resplandor sombrío de las antorchas. Jesus los ve aproximarse sin temor, con aquella dignidad tranquila y divina que jamás le abandonaba. Les pregunta *¿á quién buscáis? ¿Quem queritis?* Y á esta sola palabra cayeron derribados en el suelo. Era preciso que el Salvador les hiciese sentir su poder. Allí estaban tendidos en el suelo, podia reducirlos á polvo, abrir los abismos de la tierra para precipitarlos en ellos. Les devolvió la libertad. Pusiéronse en pie y respondieron á la segunda pregunta *¿á quién buscáis?*—A Jesus Nazareno.—Yo soy, responde Jesus, empero dejad marchar á los que están aqui conmigo. Judas habia dado una señal para evitar toda equivocacion. Habia convenido con los sacerdotes, con los soldados, que aquel á quien diere un beso seria el malhechor, el criminal de cuya persona se debian apoderar. Acercóse á su maestro con el signo insultante de su parricida ternura, le saluda.—*Salve, maestro*. Y estrechándole entre sus brazos le abraza. Cristo á esta demostracion del que le entrega á sus enemigos pronuncia solo estas palabras de estrema é incomprensible dulzura que debieron penetrar el corazon de Judas.—Amigo mio, *Amice*, *¿á qué has venido? ¿Ad quid venisti?* ¿Qué! ¡vendes al hijo del hombre con un beso! *¿Osculo filium hominis tradis!*...—Este es el que hay que prender... Judas está endurecido, mas endurecido que la piedra, mas rebelde á Dios que el tirano de los infiernos que le oprime y que le domina. Vedle ahí, *Ipse est tenete eum*. Entonces se apoderaron de Jesucristo, cargaron de hierro sus adorables manos, y atado, arrastrado como un malhechor por las calles de Jerusalem, comienza el sangriento drama de dolor y de ignominia de la pasion.

Judas, devorado de remordimientos y con el beso dado á Cristo como una llama abrasadora sobre sus labios, recorre las calles de Jerusalem sintiendo en el corazon, en el fondo de su alma todos los golpes que iban á dar á Jesucristo. El odio tiene sus alegrías, la venganza tiene sus satisfacciones y sus placeres, el mal tiene sus leyes; hay un orden de la Providencia que á pesar de todos los estravios, á pesar de todas

las ceguedades del hombre, debe inexorablemente cumplirse: este orden es, el remordimiento en pos de la iniquidad.

Ved ahí á Judas que despues de haber recorrido el palacio de Anás, donde fué la prision de Cristo, el palacio de Caifás, donde Cristo declaró su divinidad, el pretorio de Pilatos, donde éste lo presenta coronado de espinas y con una caña por cetro al pueblo; corre, corre, y llega cerca del Calvario, perseguido siempre por su atroz remordimiento; tropieza con la cruz que acaban de construir los sayones, que indiferentes duermen al lado de ella agoviados del trabajo. Párase asombrado el apóstol réprobo, fija sus desencajados ojos en aquel madero, y de un solo

la desesperacion; y él que había visto á todos los pecadores acogidos por Cristo, á la Magdalena que había borrado toda su vida pasada en un instante, á la Samaritana que en el pozo de Jacob se convierte en un momento, á la muger adúltera que recibe su perdon, desconfía de Cristo que iba á morir por todos; y con la desesperacion en el corazon, sirviéndole la vida de carga y no pudiendo soportarla la destruye él mismo con la muerte ignominiosa que ha descrito el apóstol en el día en que eligieron al que debía reemplazarle. Se ahorcó de un árbol abriéndose al mismo tiempo el vientre y arrojando las entrañas. El suicidio con que Judas completó su traicion sucedió en el momento mismo en que Cristo se



Judas errante, cuadro por Mr. Tomás.

golpe cruza ante su mente toda la inmensidad de su horrendo crimen.

Mr. Tomás, distinguido pintor belga, ha presentado en la esposicion de Bruselas un cuadro que representa ese terrible momento, y cuya copia exacta ofrecemos á nuestros lectores.

Judas toma el dinero que ha recibido por entregar á su maestro, y se presenta á los principes de los sacerdotes y les dice: —No quiero vuestro dinero, y lo arroja á sus pies. He pecado, *peccavi*. He entregado al hombre justo, ved este dinero de iniquidad, tomadlo. Los principes de los sacerdotes con tranquilo orgullo le contestaron: Debias haberlo visto. *Quid ad nos! Tu videris*. Nada nos importa...

Judas, trasportado en un verdadero delirio, se entrega á

hallaba en el pretorio de Pilatos, y el pueblo á voz en grito pedía fuese crucificado.

Los principes de los sacerdotes deliberaban en tanto gravemente sobre el dinero que había arrojado Judas á sus pies. No lo quisieron, le tuvieron horror. Con este dinero compraron el campo de un alfarero para construir un cementerio, y se llama aun *Haceldama*, campo maldito, comprado con la sangre de un Dios!...

El nombre de Judas ha quedado para designar á los grandes traidores, y en muchos pueblos de España hay la antiquísima costumbre de ahorcar y quemar en efígie al traidor Judas.